

*El amarre* de Margarita Peña: La visibilidad de lo invisible

Antonio Tenorio

El mundo de los modernos, aquel que se despliega sobre la confianza ciega *del pienso luego existo* tiene siempre, se sabe bien, una explicación para todo y gusta de marcar los territorios de lo posible y mensurable, respecto de todo aquello que, se dice, no se puede comprobar. Mas lo que en la puntual enumeración moderna de lo posible se nombra como imposible, la transmutación, en *El amarre*, universo a contracorriente de lo visible, estos desdoblamientos, sobre posiciones y paralelismos adquieren carta de naturalización y se tornan en el punto de apoyo del que emergen encuentros, desencuentros, desplazamientos, carnalidades, espiritualidades, amores y desamores que se configuran y configuran la sólida novela de Margarita Peña.

Ananké, se sabe bien, la llamaban los griegos. Diosa de la necesidad, madre de las Moiras, incorpórea y serpentina, cuyo abrazo, se transfigura en un amarre que abarca el universo entero. Sin rostro ni rastro en el tiempo primero, Ananké es lo inevitable, lo necesario, la compulsión, lo ineludible. Aquella a la que, a diferencia de los modernos que suponen que todos los actos son resultado de la responsabilidad del sujeto, los antiguos atribuyeron una red invisible y más poderosa aun que los dioses. “La diferencia entre dioses y hombres, propone Calasso, se capta fundamentalmente en la relación con Ananké. Los dioses la sufren y la utilizan. Los hombres sólo la sufren”, dice el italiano.

Docta, sensible, con una formación tan erudita como alejada de pedanterías, Margarita Peña nos entrega en *El amarre* una novela intensa y abrazante, un alegato fervoroso,

aliado y alentado por Eros, invitante al azoro y la ensoñación, que apela en la propia metáfora de esta inasible pasión entre Miranda y Alonso que deviene en una relación compleja que se desplaza por el mundo, a situarnos frente al acto escritural como el triunfo del deseo sobre la necesidad. O aún más, como la puesta en el mundo, como la apuesta de ese mundo, por seducir a la necesidad volviendo visible lo invisible.

Sí, el hechizo con el que Amanda logra que Alonso permanezca a su lado, con el que consigue amarrarlo no tardará en manifestarse como una carga con la que ella misma ha de cargar. Pero a la vez, y en ello reside el propio nudo de complejidad paradójica de la novela de Margarita Peña, la asunción del deseo por parte de Amanda la libra de ese destino anterior signado por la fatal ausencia de carácter de Ricardo, el primer amor, el regreso obligado a la ciudad de provincia o el accidente de los padres. Al untar sobre el cuerpo desnudo de Alonso la olorosa pomada que Ña´Carmela, la nana, le había preparado, Miranda, al modo de los dioses, no de los mortales, usa y no sólo ya padece a Ananké.

A partir de ese momento, Amanda es ella y otra, el tiempo es ese y otro, es en singular, ella misma, Alonso mismo, y lo son en un singular que es el plural de todos los que han sido y serán. Porque no es que la penumbra entre la que ha de caminar toda existencia se disuelve y aparezca de súbito una luz que todo lo revele, es una operación más sutil, más poética y sugerente la que propone Margarita Peña. Se trata de que es la penumbra lo que se torna lo visible. Es la cera que se derrite al fuego, nombre de los apartados de *El amarre*, sin dejar de ser vela, cera y fuego. La sobre posición entre luz y sombra, memoria y presente, la relación con Ricardo, con Alonso, con cada uno de los amantes, con ella

misma en el aquí y hora de La Mina o del hospital, con el allá y el entonces del viaje existencial, y qué si no eso es toda novela, toda vida, que emprende entre los vapores de un hotel de paso.

Es cierto, ni la erudición y consistencia narrativa y literaria de Margarita Peña, ni el tesón amatorio de su Amanda, ni la más que convincente manera con la que configura planos y ciudades, reminiscencias, intertextualidades, ni el gozo que significa la lectura de *El amarre*, han de salvarnos, al final del camino, del alevoso e implacable manto de lo ineludible.

No menos cierto, sin embargo, resulta en cambio, descubrir en la prosa precisa y a la vez cargada de pasión de vida de Margarita, una recompensa nada menor. Una novela, es decir, una metáfora sobre las preguntas de la existencia humana, en la que el poder del arte para hacer visible lo invisible pone al descubierto la sobre posición y el desdoblamiento, la simultaneidad, antes que de Ananké y su fatal red invisible, los portentos de Eros y sus astucias para liberar la nave de la vida, aun dejando el nudo, a la manera en que lo hiciera, desafiante y astuto, Alejandro en Gordio.

¿Qué hacer para librarnos de las prisiones en las que vivimos?, alcanza a entender Miranda en una sesión de lectura de cartas a la que acude durante sus días en Río de Janeiro. Qué hacer, podríamos repetir nosotros con ella envueltos en nuestras propias encrucijadas cotidianas, en nuestro propio desamparo frente al reino de la necesidad. Frente a la mayor cárcel que es no terminar de saber quiénes somos. Desear, parece querer responder *El amarre*, encontrar en Eros ese ángel que, no siendo hombre ni mujer,

Miranda encuentra en las paredes del bar desde que él recuerda, enarbolando una antorcha, una luz para vislumbrar e intervenir sobre nuestra propia existencia, así sea en la penumbra, así sea librando cada uno de los nudos que la necesidad impone.

La intensa verdad de la experiencia que supone la lectura de *El amarre*, apunta con meridiana precisión, con todas las herramientas de quien está en este mundo viva y sensible, que sortear la vida entre nudos no significa la capitulación del deseo ni la resignación fatal de estar sujetos, pasivos, inmóviles, paralizados frente al miedo, negados a encontrar y encontrarnos en ese instante que extremo prodigioso asoma en la penumbra y hace visible lo invisible. Que hace posible la música, el gozo, la pintura, la pasión, la escultura, la entrega, la danza, la literatura y, desde luego, una novela como *El amarre*.

Ese instante prodigioso que hace posible, la vida misma. Porque, como dice Margarita que dice Miranda que dice Margarita en la última línea de *El amarre*: Hay todavía mundo por delante.